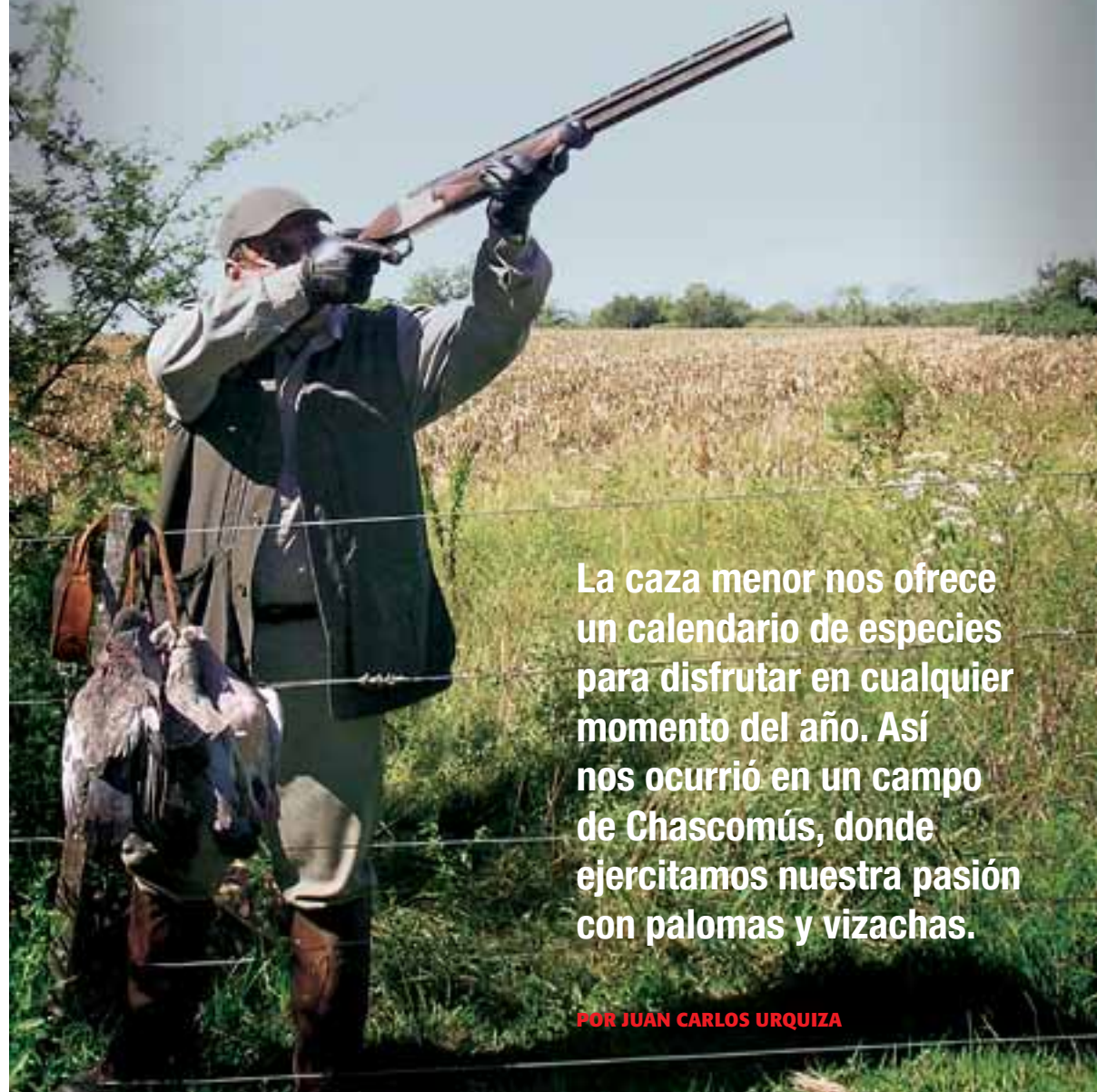


Caza menor

TODO EL AÑO ES TEMPORDA



La caza menor nos ofrece un calendario de especies para disfrutar en cualquier momento del año. Así nos ocurrió en un campo de Chascomús, donde ejercitamos nuestra pasión con palomas y vizcachas.

POR JUAN CARLOS URQUIZA

Hace unos días conversaba con un conocido que se lamentaba por lo mucho que faltaba para el inicio de la temporada de caza menor. “Cómo extraño las salidas con mi perro y la escopeta”, me repetía a cada instante. Yo le respondí que si miraba bien el calendario, siempre es temporada de “algo”.

Es mitad de febrero, los girasoles están que explotan, y las palomas les llegan por millones. Es una buena excusa para sacar el aceite de la escopeta y hacer correr un poco al perro.

Un par de llamados telefónicos y el siempre dispuesto Panchito Filannino, de Chascomús, me dice: “Venite, tengo girasol y vizcachas”. Este

último dato hizo programar la escapada para un día sin luna, fundamental para las vizcachas. La posibilidad de una pronta salida reavivó mi antigua ansiedad adolescente. Faltaban seis o siete días, pero ya estaba preparando el bolso, limpiando la escopeta para las palomas y el 22 para las vizcachas, reponiendo baterías para la linterna y repasando el filo de los cuchillos para cuerear. También comencé a sacar a mi perra por las mañanas, no debería trabajar tanto como si fuéramos tras las perdices, pero ir y venir aportando las palomas en un mes de calor sin algo de estado físico, le puede jugar en contra a Darby. Bicicleta para mí y trotes para ella muy temprano es una buena opción. La cuenta regresiva llegó a su fin y salí al encuentro de Pancho. Chascomús siempre me gustó: es apacible y tiene todo lo que me encanta: perdices,

caluroso, optamos por situarnos en un claro del monte en vez del borde del girasol, donde las entradas serían más abundantes. Por el claro pasarían sólo algunas. Y tan pronto aparecen, desaparecen por el otro borde, haciendo de la práctica un tiro difícil y muy rápido, además de divertido. Y provocando numerosos yerros, con las consiguientes bromas.

Muchos piensan que las palomas llegan a comer y luego se van a dormir al monte, y ahí están las dos tiradas del día. Pero son sólo la primera y la última. Las palomas, después de llenar el buche y en las horas de más calor van a tomar agua a los bebederos o a los pequeños charcos de las inmediaciones. Tenerlos ubicados puede ser de utilidad. Pero no era nuestro objetivo, así que luego de unas pocas nos fuimos a almorzar. Después de comer,



liebres, antílopes, vizcachas, palomas, axis... es el verdadero paraíso a sólo 100 km de la Ciudad de Buenos Aires.

Mi amigo me aguardaba con las compras hechas, por lo que rápidamente fuimos hasta el campo. Allí nos esperaba Carlitos Ramírez, nuestro anfitrión, que enseguida nos mostró un monte a 200 metros de la casa, lindero al potrero de girasol y por donde está el cruce de las palomas. Nos informo que hay turcas y torcazas o tórtolas.

Sin apuro hacemos algo de sociales tomando un par de mates y luego armamos nuestro circo. Pancho estrenaba una hermosa Beretta superpuesta calibre 20, y yo siempre con mi veterana Franchi Alsione en 12/70.

La idea no era hacer una matanza de palomas, sino divertirnos un rato. Y como el día era muy

temprano, repetimos otras pocas y abandonamos la actividad a media tarde.

Como suele ocurrir, evaluamos los pocos disparos hechos. Y sobre todo los múltiples yerros de mi amigo, que acusaba a su nueva escopeta. Pero él es un buen tirador, así que comprobamos el plomeo en un cartón y vimos que sus chokes eran muy cerrados, por lo que se impone una pronta visita al armero para abrir un poco, aunque más no sea el primer disparo. Caso contrario tendrá problemas cuando se enfrente a las perdices, que con un buen perro levantan a pocos metros del cazador, y tal como está ahora será lo mismo que tirarle con una bala. Al segundo tiro yo no le doy mucha importancia, ya que siempre es para disparar más lejos y puede ser útil tener un mayor choke.

Yo tuve mejores resultados, pero no por méritos

propios. Una 12/70 con choke medio y con 24 gramos de munición 9, dan una amplia ventaja. Párrafo aparte para Darby, que aportó cada una de las palomas, incluyendo las que cayeron lejos, más allá de la línea de árboles.

En algunas oportunidades y en campos abiertos, es conveniente el uso de señuelos. Si los hay de paloma mucho mejor, pero me ha dado buenos resultados el empleo de señuelos para patos, en especial los mecánicos, que pueden ponerse en medio de un sembrado a buena altura para ser visibles desde lejos. Repito, los resultados suelen ser muy buenos.

Luego de un reconfortante descanso e hidratación (el calor era agobiante), Carlos nos guió hasta el área de las vizcachas. Pancho me preguntó si le iba a regalar dos ejemplares. Ante mi asombro, me dijo que si era así, el sólo me acompañaba para alumbrar, que con las palomas ya había tenido suficiente.

Cargué mi Marlin con las 13 balas que caben en su cargador tubular, y puse alguna más en mi bolsillo. Cuando aún no habíamos salido, casi muero de risa con el último invento de mi amigo Pancho: a su vieja linterna Maglite le adosó una lata de cerveza en el frente. Según él, este accesorio concentraría más el haz de luz, evitando que se perdiera por los costados. El ingeniero eléctrico es él, así que guardé silencio, aunque me reía por dentro. Pero luego tuve que masticarme las bromas: increíble lo que alumbraba ese simple recurso. Gracias Pancho, ya estoy reformando mi linterna.

Cuando dejamos la camioneta en un monte para llegar caminando a las vizcachas, miré hacia un



costado y por adentro del monte alcancé a ver algunos ciervos axis. Se los mostré a mis compañeros y Carlos me informó que en ese campo nos dan permiso sólo para las vizcachas, y que está totalmente prohibido abatir un ciervo. Las reglas son para respetarlas, así que terminamos de preparar el equipo y salimos a caminar.

Esta vez era yo quien estrenaba arma. Beto me lo consiguió a muy buen precio y me aseguró que ya estaba regulado y pegaba muy bien. Confíe en lo que dijo y lo llevé al campo. Pero no vi que la mira variable estaba en 9 aumentos, y cuando quise disparar sobre la primera vizcacha no pude, no la encontraba en el retículo y todo se movía. Luego de dos intentos me di cuenta de lo que ocurría y la puse en cuatro aumentos. Así cobré mi presa inicial con un disparo justo en medio de la cabeza. Beto no me había mentado, pegaba de maravillas. Durante un par de horas abatimos varios ejemplares, que también fueron magníficamente aportados por mi fiel perra.

Luego de eviscerar y cuerear las presas obtenidas, degustamos el asado que curiosamente nos preparara Vanesa, la esposa de Carlos. Durante la comida pensaba en ese conocido y su comentario: "Lástima que falta tanto para el inicio de la temporada...". **VS.**



Opiná, comentá, participá en nuestro 
[facebook.com / Revista "Vida Salvaje"](https://www.facebook.com/RevistaVidaSalvaje)